

EL BARCO



DE VAPOR

Concha López Narvéez
Rafael Salmerón

Paula y el rey niño



serie
PAULA

sm

EL BARCO



DE VAPOR

Paula y el rey niño

Concha López Narváez
Rafael Salmerón



www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Ilustraciones: Rafael Salmerón

© Concha López Narváez y Rafael Salmerón, 2010
© Ediciones SM, 2010
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-3641-6
Depósito legal: M-514-2012
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Antes de empezar

Amigo lector:

Si todavía no conoces a Paula y al Guardián del Tiempo, será mejor que leas lo que sigue; pero si ya sabes quiénes son, puedes pasar directamente al primer capítulo.

Paula es una niña decidida y alegre que vive con sus padres en una vieja casa de campo; quizás no sea demasiado grande y tampoco muy cómoda, pero Paula nació en ella y no quiere ni pensar en la posibilidad de que algún día tenga que abandonarla para ir a vivir en uno de esos modernos pisos de Toledo, que es la ciudad más cercana.

Cuando desea estar sola y tranquila, Paula salta la valla de la finca en la que se encuentra la casa, cruza la estrecha carretera, por la que apenas pasan coches, y se oculta en su refugio secreto,

un montecillo de rocas que está rodeado de encinas. Desde allí, Paula puede verlo todo sin que nadie la vea.

Justo enfrente del refugio, como a unos trescientos metros en línea recta, hay un castillo en ruinas; por detrás de sus murallas corre un río saltarín y alegre, sobre cuyas aguas se alza un pequeño puente romano.

Pero un día, Paula se encuentra en su refugio a un curioso visitante: el Guardián del Tiempo. Se trata de un anciano de barba y cabellos largos y blancos, y brillantes ojos completamente negros, que viste una túnica de color verde parduzco y calza sandalias en el mismo tono. Paula no sabe decir si se trata de un espíritu, un brujo o un duende, pero sí está segura de que no es un anciano como los demás. El Guardián del Tiempo es capaz de adivinar todos sus pensamientos y, lo más importante, tiene el poder de transportarla a otra época, de hacerla partícipe de las historias y aventuras protagonizadas por las personas que han vivido en ese mismo sitio hace siglos, ¡incluso milenios! Es como si Paula estuviera contemplando una película y, de pronto, se encontrara en la escena y formara parte de ella.

Gracias a las visitas del Guardián del Tiempo, Paula ha hecho amigos, ha corrido aventuras y ha resuelto misterios en la Prehistoria, en la época en que España era una provincia del imperio romano, en los años de los turbulentos reinados visigodos o mientras en la Península ondeaba la bandera de la media luna.

Cuando el anciano se marcha, Paula apenas recuerda todo lo que ha visto y oído. Sencillamente, cree que se ha quedado dormida, y aunque hace grandes esfuerzos para recordar lo que ha soñado, no lo consigue. Sin embargo, cada vez que el Guardián del Tiempo vuelve a visitarla, lo reconoce al instante. Se alegra tanto de verlo que sus ojos brillan y su corazón late emocionado, esperando con impaciencia el momento en el que el anciano comience a contarle una nueva historia que haga retroceder el tiempo para ella. Quién sabe adónde la llevará la próxima vez.

1 *¿Quién estaba en el refugio secreto?*



CIERTO sábado por la mañana, a primeros del mes de julio, Paula se encontraba tranquilamente sentada en su refugio secreto. Su paz era completa mientras contemplaba el viejo castillo y escuchaba, a lo lejos, el alegre rumor de las aguas del río.

Acariciaba distraída y suavemente la roca plana sobre la que se hallaba, cuando de pronto tuvo la clara sensación de no encontrarse sola. Se volvió despacio y lo descubrió a su lado. Era él, ¡el anciano Guardián del Tiempo!

Durante unos segundos se miraron sonrientes, saludándose sin palabras, hasta que el anciano preguntó:

–¿Te gustaría saber lo que sucedió en este lugar hace más o menos ocho siglos?

Los emocionados ojos de Paula se abrieron de par en par, porque precisamente en eso estaba ella pensando: «¿Qué ocurriría en el castillo hace muchísimos años? ¿Cómo sería la vida entonces? ¿Se celebrarían alegres fiestas de damas y caballeros? ¿Habría luchas con lanzas y espadas?», se preguntaba justo cuando él apareció.

–Tal día como hoy, pero del año 1226, había alguien en este mismo refugio –empezó a decir alegremente el anciano mientras iba a sentarse junto a Paula.

–¿Quién? –preguntó Paula impaciente.

–Espera un poco, que las historias han de empezar por el principio –le respondió, y enseguida continuó hablando–: En julio del año 1226, don Fernando III era rey de Castilla. Por aquellas fechas estaba en Toledo, porque entonces se empezó a construir la catedral.

–¿El rey de Castilla?... Será el rey de España. Castilla solo es una comunidad autónoma; bueno, ¡dos! –exclamó extrañada Paula.

–No, quiero decir el rey de Castilla. Recuerda, Paula, que hace siglos España estaba dividida en

reinos: el de León, el de Navarra, el de Aragón y el de Castilla, además de los reinos moros de Andalucía, Valencia, Murcia y Extremadura.

–¿Todos esos reinos había en España? –se asombró Paula–. ¿Y cada uno con su rey? Pues sería un auténtico lío...

El anciano rio:

–Todos esos, y cada uno con su rey. Y un poco complicado sí que era... Además, a veces los reyes luchaban unos contra otros, aunque cuando no lo hacían eran muy amigos, y hasta casaban a sus hijos... Bueno, como te decía, el rey Fernando estaba en Toledo; pero tal día como hoy se encontraba en el castillo que tenemos frente a nosotros, y con él había muchos caballeros... Precisamente uno de ellos viene ahora hacia acá. Escucha con atención.

Paula oyó con claridad el sonido de los cascos de un caballo que se acercaba. Se levantó de un salto para tratar de verlo, pero el anciano dijo:

–Ven, ahora tenemos que ocultarnos.

Y, tomándola de la mano, la condujo detrás de las rocas más altas del refugio.

Apenas lo habían hecho cuando los cascos del caballo se detuvieron. Poco después, las ramas de

las encinas que rodeaban el refugio se agitaron y alguien se dejó caer en la misma piedra plana en la que, minutos antes, estaba sentada Paula.

Era un hombre joven, vestido con una túnica que le llegaba casi a las rodillas. Debajo de ella no llevaba pantalones, sino una especie de leotardos. De su cintura colgaba una enorme espada y sobre el pecho tenía bordados dos preciosos peces de plata.

Cuando Paula se volvió hacia el anciano para preguntarle quién era, observó que él ya no llevaba las mismas ropas que hacía un momento: la extraña y larga túnica de color verde se había convertido en otra mucho más corta, de paño corriente, y sus delgadas piernas también estaban cubiertas por algo muy semejante a unos leotardos, y tampoco llevaba sandalias, sino botas, parecidas a las del hombre que tenía delante, aunque de piel menos fina.

–Recuerda que el tiempo ha retrocedido para nosotros. Ahora estamos en 1226. ¡No querrás asombrar a todo el mundo con nuestros vestidos!
–susurró el anciano a su oído.

Al oírlo, Paula supo que sus ropas también habían cambiado. Era lo que siempre ocurría

cuando comenzaba una nueva aventura. Esta vez, su cuerpo se hallaba prisionero dentro de un horrible traje: oscuro, largo y escurrido...

–Este joven se llama don Álvaro de Aldanza y es uno de los caballeros más valientes del reino. El rey don Fernando lo quiere como al mejor de sus amigos –dijo luego el anciano señalando al hombre que tenían ante ellos, y enseguida añadió–: Está muy triste.

Realmente no se equivocaba: poco a poco, el cuerpo del joven caballero fue vencándose hacia delante, sus brazos se apoyaron en las rodillas y, ocultando la cara entre sus manos, estalló en sollozos.

Paula sintió que se formaba un nudo en su garganta y que sus ojos se humedecían. Nunca había visto llorar a un hombre con tanta tristeza... ¡Pobre caballero! Pero, de repente, la tristeza se le convirtió en rabia y comenzó a golpear la piedra con los puños.

Paula miró al anciano, alarmada.

–Es solo una manera de desahogar su espíritu –explicó él.

Debía de ser cierto, porque los desesperados sollozos fueron calmándose. Poco después,



el joven dejó de golpear la piedra y, reclinándose contra una roca, permaneció en silencio, con la mirada perdida en algún punto lejano.

–Está contemplando el castillo. Hacia allí vuelan sus pensamientos, es allí donde tiene su corazón –susurró el anciano, y enseguida añadió–: Ven, ahora él nos necesita. Pero salgamos del refugio por detrás y en silencio; no debe saber que le hemos visto llorar.

–Seguramente preferirá estar solo –dijo Paula.

–A veces es necesario hablar. Hay cosas que duelen demasiado cuando se guardan.

–Pero si ni siquiera nos conoce...

–Las grandes penas se confían más fácilmente a los desconocidos.

Mientras hablaban, Paula y el anciano habían descendido del refugio por la parte trasera y se dirigían a la delantera; pero ya no calladamente, sino procurando hacer algo de ruido para que el caballero pudiera oírlos.

Cuando llegaron adonde estaba, el anciano apartó las ramas de las encinas que disimulaban la entrada del refugio secreto y saludó con amabilidad, pero de forma muy decidida. Paula, en cambio, se sentía avergonzada. Le parecía una

verdadera imprudencia interrumpir la soledad de quien deseaba estar solo.

En un primer momento pareció tener razón porque, al advertir su presencia, el caballero los miró con disgusto mientras respondía, breve y secamente, al saludo del Guardián del Tiempo.

Lo normal entonces hubiera sido disculparse, decir adiós y dar la vuelta; pero el anciano no hizo nada de eso; muy al contrario, se aproximó al caballero, lo miró a los ojos y dijo:

–Quizás, si nos confiarais vuestras tristezas, estas no serían tan grandes.

«¡Dios mío! Ahora el caballero se levantará y se irá indignado...», pensó Paula, roja de vergüenza.

Sin embargo, el caballero no se levantó, y tampoco en sus ojos había indignación alguna, aunque sí una gran sorpresa.

El anciano insistió:

–Podéis hablar sin reparo. Conozco bien a esta niña: a veces su mirada se enciende enfadada, pero tiene el corazón bueno y compasivo, y os escuchará con atención. En cuanto a mí, he oído todas las tristezas del mundo... La causa de vuestro pesar tiene nombre de mujer, ¿no es cierto,

don Álvaro? –preguntó después de un corto silencio.

–¿Me conocéis? –preguntó el caballero, sorprendido.

–Son muchos los que os conocen en el reino, no en vano sois uno de los caballeros más valientes; pero yo os conozco desde mucho antes, cuando aún erais un niño y vivíais en tierras de Cuenca. También conocí a vuestros buenos padres. Fueron muy felices antes de que la mala suerte cayera sobre su casa y sus tierras. Ella, doña Teresa, era sencilla y hermosa, inteligente y buena; él, don Rodrigo, valeroso y prudente.

Los ojos del caballero brillaron un momento mientras decía emocionado:

–Conocisteis a mis padres...

–Sí, y sé lo mucho que os querían y lo mucho que sufristeis al perderlos. Pero ahora es otra la causa de vuestra tristeza.

–Tenéis razón: la causa de mi tristeza se llama doña Guiomar.

–Doña Guiomar de Cuetos está ahora en el castillo y es hija del conde de Almarán –dijo el anciano, y el caballero enrojeció violentamente.

–Creí que era un secreto a salvo –exclamó, sorprendido e inquieto.

–Y lo es, no temáis. Lo que sucede es que soy viejo y os he visto juntos... Sé leer en los ojos de los enamorados.

El caballero pareció tranquilizarse y, tras una corta pausa, se decidió a seguir hablando:

–Durante mucho tiempo nos hemos querido en silencio. Sabía que su amor era demasiado para mí. Ella es la hija de un conde, y yo... ¿Quién soy yo?... Solo un caballero sin familia. Sin embargo la amo, y ella me ama... Doña Guiomar decía que nuestro amor triunfaría por encima del mundo entero, y como ella lo decía, yo también la creí. Pero, para nuestra desdicha, estábamos equivocados. A partir de mañana tendremos que separarnos para siempre...

El caballero se hundió en un largo y triste silencio y las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas sin que él hiciera nada para detenerlas, tan grande era su pena.

2 ¿Por qué?



–¿POR qué habéis de separaros de la dama a la que tanto queréis? –preguntó Paula en voz baja.

–Porque el rey Fernando, nuestro señor, así lo ha dispuesto –respondió con voz apagada el caballero.

Paula no podía creer lo que acababa de oír.

–¿Porque el rey lo ha dispuesto? –preguntó asombrada.

–Sí, eso he dicho –respondió el caballero con sus tristes ojos aún clavados en el suelo.

Paula no pudo contenerse:

–¿Pero quién se ha creído que es ese rey Fernando para ir disponiendo de la vida de la gente?

El caballero se volvió sobresaltado hacia ella.

–¿Cómo te atreves a pronunciar tales palabras? ¿Olvidas acaso que el rey es dueño tanto de nuestras casas y de nuestros bienes como de nuestras vidas y de nuestros sentimientos...?

–¿De nuestras casas, de nuestras vidas y de nuestros sentimientos? Vamos, hombre... ¿Pero en qué país vivimos? –gritó Paula mirando al caballero con ojos que despedían fuego.

–Vivimos en Castilla, justo en el año de 1226 –dijo el anciano interrumpiendo a Paula; luego se dirigió al sorprendido don Álvaro–: Entended, señor, que esta niña tiene pocos años y, además, no conoce las costumbres de la corte. Seguramente no ha oído nunca el nombre de nuestro buen rey don Fernando. Siempre ha vivido en el campo, ya sabéis lo despobladas que están estas tierras todavía: vacas, ovejas, pájaros... Esas son las voces que ella escucha.

–Y tú recuerda, mi buena niña, que las costumbres no son las mismas en todas partes ni en todos los tiempos...

«Siempre ha vivido en el campo...». Eso creía haberlo oído otras veces, sí, en alguna aventura anterior... En cualquier caso, tenía que ser prudente...

Paula se fue calmando poco a poco. También se fue calmando el caballero. Durante un corto espacio de tiempo, permanecieron todos en silencio.



–¿Es que ese rey os odia? –preguntó Paula por fin.

Don Álvaro volvió a sorprenderse.

–¡Oh, no...! ¡El rey es mi protector, el mejor de los amigos! –exclamó.

–Entonces, yo no entiendo nada...

Don Álvaro comenzaba a perder la paciencia. Aquella niña le parecía demasiado boba, aunque se hubiera criado en el campo.

–Paula, el rey don Fernando no sabe que don Álvaro y doña Guiomar se aman. Recuerda que es un secreto –explicó el anciano, y enseguida añadió–: Además, la costumbre de estos reinos y de estos tiempos es que los hijos se casen con las damas o los caballeros que sus padres elijan para ellos.

Los ojos de Paula nuevamente se encendieron; iba a decir algo, pero el caballero se le adelantó:

–Yo no tengo padres, y el rey don Fernando me ha hecho el inmenso honor de elegir esposa para mí. Don Fernando me ha dicho que ella es joven, noble y muy hermosa. Debería sentirme afortunado, y lo sería si no fuera... –la voz del caballero se había ido apagando poco a poco,

hasta llegar a ser apenas un murmullo—, si no fuera porque mi única dicha es el amor de doña Guiomar.

El caballero volvió a callar y de nuevo ocultó el rostro entre sus manos.

—Ahora ella y yo debemos olvidarnos; pero los dos sabemos que no podremos hacerlo —continuó diciendo sin descubrir su rostro—. Yo he de casarme con quien no quiero y ella debe casarse con quien no quiere...

—¿También ella? —preguntó Paula.

—También ella. El rey desea honrarla casándola con un joven conde de gran fortuna. ¡Un conde!... Mañana será día de fiesta en el castillo. Todos se sentirán felices mañana, menos doña Guiomar y yo, porque mañana es el día elegido por el rey para confiarnos los nombres de los que serán nuestros prometidos.

Paula volvió a escandalizarse y sus ojos relampaguearon otra vez. ¿Pero es que aún no lo sabían? ¡Qué injusticia! ¿Cómo era posible, aunque estuvieran en 1226...?

Sus indignadas palabras brotaron en cascada de sus labios, a pesar de que el anciano le hacía continuos gestos para que se callara.

–Pues si yo fuera uno de vosotros, le diría al rey que gracias por las molestias que se había tomado, pero que a mí no me hacía ninguna falta que otro me buscara pareja, que ya sabía encontrarla yo sola.

Otra vez el caballero contempló a Paula asombrado, y después también miró al anciano:

–¿De dónde la habéis sacado? –preguntó.

–De los montes, ya os lo he dicho...

–Lo he oído, pero no podía imaginar que fuera tan ignorante y al mismo tiempo tan osada y tan bravía. Parece una fierecilla sin domar...

El fuego de los ojos de Paula se encendió de nuevo, peligrosamente; pero el caballero se dirigió a ella:

–Lo que tú no sabes es que, además del respeto y obediencia que, como todos, debo al rey mi señor, aún hay otro motivo para que sus deseos sean sagrados para mí, y es el agradecimiento. Es tanto lo que debo a él y a su buena madre, la reina doña Berenguela, que, aunque viviera cien años, nunca podría agradecerse lo suficiente. Sin embargo, esa es otra historia, hermosa y emocionante, al menos para mí; pero también muy larga.



–Si no tenéis prisa, yo no la tengo, y creo que Paula tampoco –dijo el anciano.

–Así pues, ¿deseáis escucharla? –preguntó el caballero.

Los ojos de Paula brillaron, pero esta vez fue de curiosidad.

–¡Por favor...! –rogó, con tal impaciencia que el caballero sonrió y sus ojos tristes se animaron.

Entonces Paula cayó en la cuenta de que realmente tenía un rostro muy agradable: sus ojos eran oscuros y profundos, y sus dientes, blanquísimos, iluminaban su piel morena como la luna ilumina la noche.

